

**Resumen de Jean Nassif, publicado en
Lettres de l'École Freudienne de Paris, N° 2,
Abril-Mayo de 1967**

— El 7 de Diciembre de 1966 — Seminario en la Escuela Normal Superior.

Introducción

Es sorprendente, al volver sobre ese momento de viraje que constituye la lógica de Boole, constatar que la formalización de la lógica clásica, no solamente permite aportarle extensiones mayores, sino que se revela como la esencia oculta sobre la cual esta lógica ha podido construirse y orientarse.

Ahora bien, es no menos sorprendente constatar con qué soltura el significativo en su función propia es eludido por la doble exclusión en esta formalización del “-1” y del “+1” que J.-A. Miller les ha indicado, puntualizando en esta elisión el punto donde se sitúa lo que yo articulo. La puesta al día del “-1” nos lleva sobre esos límites en que la lógica anterior vuelve a encontrar sus fundamentos, incluso al revelar esa lógica más radical que estamos obligados a fundar en nombre de los hechos del inconsciente.

I — La lógica y lo verdadero

¿La lógica describe las leyes del pensamiento o le suministra sus normas? Este viejo debate no siempre es zanjado. Y bien podría ser que la Universidad, en tanto que (como su nombre lo indica) guardiana del “universo del discurso”, tenga por función alejar su decisión. Por otra

parte, dado que el problema fue planteado ante todo en esos términos, a continuación se hará de manera que, sin que ya sea cuestión de “leyes” o de “normas”, todo eso pueda ser manejado a ciegas.

Ahora bien, este pensamiento, importa saber si se aplica a lo real o si sueña. Corresponde a ustedes, analistas, saber si el hombre que piensa sueña. Esta cuestión tiene entonces un sentido de los más concretos; e inmediatamente Freud fue puesto contra la pared: el modo de “la asociación libre” a través de la cual se presume el campo de la interpretación, lo lleva en efecto al corazón de la organización formal donde se esbozan los primeros pasos de una lógica matematizada, la que tiene nombre: “red” o “reticulado”, construido aquí anticipadamente.

Ahora bien, cuando se le objeta que con su manera de proceder, él encontrará siempre un significado para hacer el puente entre dos significantes, no se opone a la interpretación analítica ninguna especie de “crítica científica”, sino un vulgar llamado a la experiencia, olvidando justamente que a nivel de la existencia real o lógica lo falso, lejos de excluir lo verdadero, permite deducir en el mismo paso lo falso y lo verdadero, lo que los escolásticos expresaban por medio del adagio: *Ex Falso sequitur quod libet*. La respuesta de Freud nos lleva inmediatamente sobre el plano de la estructura de la red, en la que las líneas de asociación vienen a recortarse en unos puntos de cruce electivos, en una dimensión que no es la de la realidad, sino de la verdad. En el caso del *Hombre de los Lobos*, la pregunta de Freud sobre la verdad de la escena no se reduce a la cuestión de saber si, sí o no, y a qué edad, su paciente vivió algo que fue reconstruido con la ayuda de la figura fundamental de su sueño a repetición. Lo esencial es saber cómo el sujeto ha podido articular esa escena en significantes, es decir verificarla en todo su ser y por medio de su síntoma.

II — La relación de la verdad con el significante

El rodeo por el cual la experiencia analítica se une al proceso más moderno de la lógica consiste justamente en que esa relación del significante con la verdad puede cortocircuitar todo pensamiento que la soporte. Del mismo modo que la lógica moderna está enteramente sometida al tratamiento correcto de juegos de escritura, del mismo modo la cuestión de la verificación en lo que concierne a aquello de lo que nos

ocupamos, pasa por ese hilo recto de los juegos del significante, en tanto que sólo a él permanece suspendida la cuestión de la verdad.

Entonces, si la lógica de las proposiciones se apoya sobre el empleo de tablas de verdad y, en consecuencia, sobre la institución de reglas de escritura, fundadas sobre el hecho de que, a partir de la constitución de un alfabeto y de la postulación de los axiomas que reglan su manipulación, de alguna manera nos hemos dado una palabra, se plantea la cuestión de saber si es lícito escribir lo que decimos, a saber que hay verdad, como consecuencia de inscribir en los significantes un verdadero y un falso manipulables lógicamente.

Esta cuestión se remonta a los estoicos, quienes fueron los que primero se interrogaron sobre el fundamento de la lógica. Desde entonces, la cuestión se vuelve la siguiente: ¿cómo es preciso que se encadenen las proposiciones respecto de lo verdadero y de lo falso? De ahí la ubicación de la relación de implicación, que hace intervenir dos tiempos proposicionales: la “prótasis” y la “apódosis”. Por cierto, la prótasis puede ser falsa y la apódosis verdadera (es el *ex falso sequitur quod libet*), pero lo verdadero no podría implicar lo falso. Tal es el fundamento radical que permite manejar en una cierta relación con la verdad la cadena significante como tal.

Pero basta con introducir al sujeto de la enunciación y decir, por ejemplo, que es verdadero que es falso, o, dado que esto nos conduce al resultado paradójal de fundar lo falso, que es falso que sea verdadero, para que vuelva a ser puesto en suspenso algo que a nivel de la escritura sólo requería funcionar de manera casi automática. En efecto, el drama surge con esta duplicidad del sujeto que, cuando está tomado en la estructura del significante (el cual no podría significarse él mismo), es puesto en frente del objeto parcial. Ahora bien, para decir lo verdadero sobre ese verdadero, él sólo puede usar la metáfora, la cual, de ordinario, engendra un significado falso, y no puede remitirse a la escritura lógica por las razones que nos queda por elucidar.

III — La escritura y las negaciones

Está, en efecto, lo que *no puede* ser escrito, que tiene contornos netos en un sistema formalizado que comporta siempre un axioma de cierre,

pero que desde el origen se ofrece a la intuición en la imagen de un límite, que comporta para nosotros la unidad del “universo del discurso” que nuestra enseñanza cuestiona. Ahora bien, es evidentemente a Aristóteles que hay que hacer remontar ese gesto de la *negación* que llamaremos *complementaria*, cuando caracteriza a una clase por un predicado (lo negro), encontrándose el “exterior” {l’*hors-champ*} designado por el “no-junto al predicado” (lo que no es negro).

Esta negación, solidaria del principio de no contradicción, es para nosotros capital desplazar su acento, aunque más no fuera para asumir lo que Freud dice, a saber que “el inconsciente no conoce la contradicción”, palabra que sigue siendo vacía si no se la relaciona, como todo aserto lógico, al aparato de la escritura.

Dado el caso, basta con escribir “*p* implica *q*”, y preguntarse lo que podemos articular de la proposición *p*, si la ponemos después de *q*, para verse constreñido a escribir “si no-*q*, no hay *p*”.¹ Ahora bien, por ahí mismo surge una forma de negación que no tiene nada que ver con la negación complementaria de la lógica de clases y que llamaremos el *no-sin* {*pas-sans*} (esto no va sin aquello), para subrayar la paradoja que puede haber allí al conjugar dos proposiciones por medio de una implicación, con tal que lo verdadero no engendre lo falso.

Otro tipo de negación se sitúa más profundamente, en el punto ya señalado, donde se mantiene esa duplicidad del sujeto del enunciado con el sujeto de la enunciación. Encontramos ahí esa función de la negación que rechaza de todo orden que el discurso articule, aquello de lo que habla. Se trata del *desconocimiento* {*méconnaissance*}, a distinguir bien de la negación complementaria, muy especialmente a propósito de lo que Freud avanza cuando articula el primer no {*pas*}² de la experiencia. Pues, lejos de que se trate de una captación del mundo en un universo del discurso, tenemos que vérmolas con una identificación del “yo” {*moi*} en el *lust* (en lo que le place). Es pues del exterior que lo que le place es aislado como yo, lo que quiere decir que el yo

¹ En verdad, JN transcribe: “*si non-p, pas de q*” {si no-*p*, no hay *q*} — En mi *Versión Crítica* de esta clase doy, en nota *ad hoc*, las razones que justifican establecer el texto de esta manera.

² Pero recuérdese que *pas* es también “paso”.

del sujeto se aliena de manera imaginaria. Ahora bien, el exterior de donde se aliena, no es el complemento del yo, un no-yo asimilado al displacer, sino lo que es *desconocido* {*méconnu*}, es decir, nada menos que ese señuelo de la estructura narcisista.

En fin, más allá del desconocimiento, el sentido más radical del no {*non*} de la negación sería aquello que está en juego cuando, a propósito del inconsciente, puedo pensar que es el lugar donde *yo no soy* {*je ne suis pas*}, expresión correlativa, puesto que el tipo de ser que nos importa, en lo que concierne al sujeto, está ligado al pensamiento, de un *yo no pienso* {*je ne pense pas*}.

traducción y notas:

RICARDO E. RODRÍGUEZ PONTE

para circulación interna
de la

ESCUELA FREUDIANA DE BUENOS AIRES